





La soledad no tiene edad



Diego Medrano

# La soledad no tiene edad

[Relatos 1997-2007]

septem   
ediciones

*La soledad no tiene edad*

SEPTEM FABULA

Primera edición: febrero, 2007

© 2007 Diego Medrano  
© de esta edición: Septem Ediciones, S.L., Oviedo, 2007  
e-mail: [info@septemediciones.com](mailto:info@septemediciones.com)  
[www.septemediciones.com](http://www.septemediciones.com)  
Blog: [septemediciones.blogspot.com](http://septemediciones.blogspot.com)

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor.  
Derechos exclusivos reservados para todo el mundo

DISEÑO CUBIERTA Y COMPAGINACIÓN: MeR Studio  
FOTO PORTADA: Cedida por Thomas Canet. © Thomas Canet  
FOTO AUTOR: Cedida por Chuli El Gitano. © Chuli El Gitano  
ISBN-13: 978-84-96491-56-4  
D. L.: AS-0027-2007  
Impreso en España — *Printed in Spain*

*A Pilar Alonso González-Palacios que, siguiendo a Jean Lorrain, sabe que nuestros vicios volverán máscaras nuestros rostros.*



# Índice

NOTA DEL AUTOR.....	11
PELOS .....	13
ARTE.....	16
BAÑOS .....	18
BRAGAS .....	21
RUTINAS .....	27
NEBUMTAL.....	30
OSCURIDAD .....	33
URINARIOS .....	40
CONSPIRACIÓN.....	42
NINFAS .....	46
AXILAS.....	55
OVNIS .....	59
LLUVIA .....	67
SIDA.....	70
VIAJES .....	77
SOBRAS .....	82
INVISIBILIDAD.....	87
PADRES .....	95
LOCURA .....	99
CONJUROS .....	103
MENTIRAS .....	111
TRENES .....	114
MANCHAS .....	120
JUVENTUD .....	123
ENCIERRO .....	126
AZUL .....	133
MAHOU .....	136
PESCADOS .....	143
RAYAS .....	146
ATAPUERCA .....	149
PROHOMBRE .....	157
LAPSUS.....	164
PAN .....	167
PRÓTESIS.....	174
CAPERUCITA .....	181

VEGETALES .....	184
CIRCULOS .....	188
COFFELESS .....	194
DIABLOS .....	197
HEGEL .....	200
MADRES .....	203
SIRENAS .....	205
TANGAS .....	214
CORTINAS .....	218
PERVERSIÓN .....	221
SEMÁFOROS .....	226
MIEMBRO .....	233
LUCHA .....	236
BOHEMIOS .....	239
SOLEDAD .....	246
GALGUICIDIO .....	249
ROCES .....	252
JUGUETES .....	258
COLA .....	261
CRÍTICOS .....	265

—NOTA DEL AUTOR—

Los relatos incluidos en este libro dan cuenta de una década dedicada a la escritura (1997-2007). El autor prefiere hablar de varias o sucesivas escrituras, durante estos años, en sintonía musical con múltiples o sucesivas vidas. Buena parte de todo ello se encuentra aquí, en las páginas que tú, oh lector, estás a punto de iniciar. El proceso de amalgama de los sucesivos cuentos ha sido el siguiente: intentar intercalar los relatos más breves dentro de aquellos más largos, con intención de que los primeros hagan las funciones de descanso y festivo avituallamiento con respecto a los segundos.

Uno no sabe si el resultado final se adecua a algún tipo de loable perfección: sólo decir —huyendo siempre de lo autobiográfico, que en literatura jamás existe— que aquí están diez años de mi vida. Diez años para todo lo bueno, lo malo, lo grave y lo ligero. Tampoco es tan mal recuento. Tampoco, entonces o ahora, me propuse otra clase de riquezas o suculencias.



## pelos

Lucía piensa que sus manos no están hechas para tocar torsos de hombres, o teclas de piano, o sofisticados cubiertos a la hora de sentarse a la mesa. Ella piensa que sus manos, tan torpes como algunos cubiertos oxidados, solamente han nacido para rozar y calibrar pieles de animales en carísimas peleterías de moda o boutiques de reputado prestigio.

Suele entrar en estas tiendas como quien lo hace en un plató de televisión. Solamente responde cuando es directamente increpada:

- ¿Desearía algo, señorita?
- Morirme.
- ¿Y mientras que se muere y no?
- Saber cuánto vale este zorro.

Siempre responde, antes que cualquier otra cuestión, que lo que quisiera en esta vida es morir. Eso extraña a algunos dependientes, quienes, en ocasiones, no pueden menos que preguntarle la razón de tal padecimiento, después de haber charlado con ella durante horas de determinadas piezas y componendas.

—Usted lo primero que me ha dicho ha sido que quería morir.

- Sí, así es.
- ¿Y por qué?

—Porque mis manos sólo sirven para tocar estas pieles. Las pieles me hacen olvidar mi pelo.

Ningún dependiente sabe que el tratamiento de quimioterapia, al que lleva sometida siete meses Lucía, ha provocado el desprendimiento de buena parte de su vello púbico y del cabello de otras partes secretas de su organismo. Como se trata de una chica que paga siempre con tarjeta Visa Oro, algunos creen

oportuno continuar la conversación, aún cuando ya debería haber salido de la tienda.

—Pero ¿por qué necesita usted olvidarse de su cabello?

—Porque me vendría mejor hacerlo.

—Pero si es usted una rubia escultural; la mejor que he visto en mucho tiempo.

—Quizás algunas rubias, al llegar a nuestra casa, seamos más estatuas que esculturales.

La colección de abrigos que Lucía atesora en casa supera los muchos miles de pesetas. El divorcio de su marido, la herencia de sus padres fallecidos y los ahorros de unos cuantos años dedicados de pleno a la judicatura han propiciado una cuenta corriente que no podría tener cualquier fiera. Ella, sentada en la cama, generalmente después de ducharse, rodeada de todos sus abrigos, con las puertas de los diversos muebles abiertos, no puede verse más que como un puro animal. El mejor animal de los que todavía conservan la vida y nada de pelo.

A veces, no siempre, mientras bebe una botella de agua mineral del tiempo, y come alguna aceituna, suele llamar a la única amiga de su pasado que todavía conserva. Se trata de una persona cejijunta, pese a ser de sexo femenino, que desconoce que Lucía está enferma; muy enferma:

—Hola, Alma. Hoy me he comprado otra prenda, esta vez de zorro canadiense.

—Vaya, menuda suerte tienen algunas.

—Sí, Alma. Sobre todo las rubias esculturales cuyo futuro más inmediato es terminar de estatuas.

—Ya, pero las estatuas no tienen tanto dinero como tú.

Lucía ha reído al considerar, mientras se metía otra aceituna en la boca con los dos dedos, que todas las estatuas de esta ciudad pueden llegar a padecer su mismo tipo de cáncer. Ha sentido impulsos reales de llegar a colgar el teléfono pero, no obstante, antes de hacerlo, ha querido subrayarle a Alma un

hecho que probablemente desconocía.

—Todas las estatuas tienen mucho dinero, Alma.

—¿Ah, sí? ¿Y debido a qué?

—Debido a que sufren mucho y no cambian de postura durante toda su existencia.

—Pues también me gustaría ser a mí una estatua.

Lucía ha vuelto a reír, al considerar que su amiga Alma podría entrar en las mejores boutiques de esta ciudad como ella lo hace, creyendo que pisa el plató de un programa de televisión. Ha cogido otra aceituna del plato, ha sonreído, y ha comenzado a pensar en su amiga completamente calva. No ha podido evitar decir:

—No me gustaría que fueses una estatua.

Al otro lado de la línea telefónica se ha oído un silencio, un silencio cada vez más largo cuando más caso se le hacía, hasta escuchar muy detenidamente responder:

—No, a mí tampoco. Siempre he sido muy inquieta, Lucía. No valdría para estar en la misma postura mucho rato.

Ella ha vuelto a reír, esta vez sin la mínima suspicacia, al considerar lo mucho que se mueven los muertos y lo poco que se sabe. Observando varios de sus abrigos, al mismo tiempo, se ha dado cuenta del mensaje secreto de muchas prendas inertes. De lo mucho que le decían todos ellos desde sus mangas rectas y tacto resplandeciente: justamente, lo mucho que ella se ha movido.

Lo mucho que se ha movido para llegar a tener algo de pelo en la mejor habitación de su casa.